

NOTAS DEL TRADUCTOR Y DEL AUTOR

(1) Herejía, de *hairesis*, derivase del verbo griego *haireo*, que se usaba en la antigüedad helénica en el sentido de escoger, elegir, preferir, optar, abstraer, tomar por sí mismo y para sí, determinar, definir, asimilarse, y aun en el de demostrar ó convencer. Herodoto emplea la locución 'O *hairón logos* en la acepción de la evidencia, la razón concluyente, el buen sentido demostrado. Esta era también la acepción de la palabra *haeresis* en la Roma pagana, más, en la sucesión de los tiempos, y una vez que la Iglesia católica condenó el opinar sobre las cosas, su esencia y sus orígenes, la expresión se torció á mala parte, y fué tomada en el concepto de idea perversa ó errónea y aplicada á los que contravenían á la religión y á la fe. Véase á Pasquier (*Recherches*, VIII, 686) y á Gener (*Herejias*, prólogo).—N. del T.

(2) La colección de las *Œuvres* de Rousseau contenía entonces, amén del presente discurso premiado (1750) y el no premiado sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, la *Lettre sur les spectacles*, el *Emile*, la *Nouvelle Héloïse* y el *Contrat social*. La edición que en esta traducción se ha seguido es la muy reciente (1905) de Hachette (en el tomo I de las *Œuvres complètes de Rousseau*).—N. del T.

(3) Los príncipes ven siempre con placer extenderse entre sus súbditos el gusto de las artes agradables y de las superfluidades (de las que no resulta la exportación del dinero), porque, á más que ellas alimentan en los últimos esa pequeñez de alma, tan propicia á la servidumbre, saben los primeros muy bien que todas las necesidades que el pueblo se da son otras tantas cadenas de que se carga. Alejandro, queriendo mantener á los *ichtiofagos* bajo su dominio, les obligó á renunciar al pescado (a) y á nutrirse con alimentos comunes á los demás pueblos; y los salvajes de América, que van completamente desnudos, y sólo del producto de la caza viven, no han podido ser juzgados nunca: ¿qué yugos podrían imponerse, en efecto, á hombres que no tienen necesidad de nada?—N. del A.

(a) Lo que aquí dice Rousseau de Alejandro, no tiene otro fundamento que un pasaje de Plinio el Viejo (*Historia naturalis*, VI, xxv), copiado más tarde en el capítulo LIV de la clásica obra de Solín: *Ichthyophagos omnes Alexander vetuit piscibus vivere*.—N. del T.

(4) «Me gusta (dice Montaigne) discutir y discutir, pero con muy pocos hombres y para mí. Porque servir de espectáculo á los grandes y hacer gala á porfía de talento y de cháchara, hallo que es un oficio muy indecoroso para un hombre de honor.» (*Essais*, III, VIII). Tal es actualmente el oficio de todos nuestros espíritus distinguidos, fuera de uno (a).—N. del A.

(a) Sospéchase que esta excepción, única que Rousseau hace, no puede referirse á otro que á

Diderot, su verdadero maestro entre los contemporáneos, y que fué quien le indujo á defender el naturismo. Marmontel, en el libro VII de sus *Mémoires*, y el mismo Diderot, en el capítulo LXVII de su *Essai sur le regnes de Claude et de Néron*, refieren la conversación que el último tuvo con Rousseau una tarde de Octubre de 1749, en las afueras de Vicennes, donde solían con frecuencia entrevistarse. Rousseau había hecho de Diderot su Aristarco, como él mismo lo ha dicho. La tarde de referencia, paseando juntos, Rousseau habló á Diderot de la cuestión interesante, que acababa de proponer la Academia de Dijón y él tenía deseos de tratar, sobre si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido á purificar las costumbres. «¿Qué partido tomaréis?», le preguntó Diderot. Fué contestado: «El partido de la afirmativa.» Pero Diderot repuso: «Ese es el puente de los asnos; todos los talentos mediocres tomarán ese camino, y no hallaréis ahí más que ideas comunes, mientras que el partido contrario presenta á la filosofía y á la elocuencia un campo nuevo, fecundo y rico.» Rousseau, despues de haber reflexionado un momento, exclamó: «Tenéis razón, y seguiré vuestro consejo.» Esta es la versión de Diderot, que Marmontel reprodujo, que aceptan, entre los críticos posteriores, David (*Notice sur Rousseau*, 10) y Lemaitre (*Rousseau*, 79), y que favorece bien poco al sofista de Ginebra. En cuanto á Rousseau mismo, pretendió que las cosas sucedieron muy de otro modo, y que la nueva idea se le reveló por inspiración súbita, yendo á pie de París á Vicennes, en busca de Di-

derot, y en el momento de enterarse del tema de la Academia de Dijón, por el *Mercure de France*. Höfdding (*Rousseau und seine Philosophie*, 5), no sabe qué versión preferir. Saldaña (*Los orígenes de la criminología*, 384) rechaza la última como insincera.—N. del T.

(5) Rousseau se refiere aquí á Petronio, quien, como es sabido, recibió, bajo el reinado de Nerón, el título de *arbitrer elegantiarum*, y á cuya pluma se atribuye la escandalosa novela del *Satiricón*. Mucho se ha discutido sobre la época en que debió haberse escrito. Unos críticos la creen del tiempo de Alejandro Severo, algunos la retrotraen hasta el siglo de Constantino, mientras que otros quieren que sea del período de Augusto, es decir, que en tres centurias nada menos se muestra la diferencia cronológica. Boissier (*L'opposition sous les Césars*, V, 1) llega á la creencia, hoy por casi todos compartida, de que la obra fué redactada bajo el reinado de Nerón. Esta fecha es la que asignan á la obra, tanto el estilo como las alusiones históricas que en ella se contienen. Por la manera que tiene el autor de combatir á Lucano y de imitar á Séneca, se comprende que fué contemporáneo suyo. En cuanto al nombre del autor, la duda no es posible. Los manuscritos y los gramáticos, todos sin excepción, le llaman *Petronius Arbitrer*. Este nombre recuerda enseguida el del personaje que representó papel de alguna importancia bajo el reinado de Nerón y cuyo fin nos refiere Tácito. Parece que Petronio era uno de aquellos viciosos que por entonces abundaban en Roma, que dedicaban el día á dormir y la noche á las di-

versiones, y que llevaban una existencia de inacción y de voluptuosidad. Nerón sentíase atraído hacia aquel espíritu original, que había hecho un arte del placer. Adquirió Petronio tal preponderancia en aquella sociedad liviana, que era considerado como árbitro del buen gusto, y quizá en esta circunstancia tuvo origen su apodo ó sobrenombre. El emperador había llegado á pedirle parecer para todas las fiestas ú orgías, y solamente las que aprobaba Petronio le parecían gratas.—N. del T.

(6) Alude Rousseau á la pluma de Tácito.—N. del T.

(7) No quiero hablar de las naciones felices que ni aun de nombre conocen los vicios que nosotros tenemos que reprimir con tanto cuidado, de esos salvajes de América cuya sencilla y natural política no vacilaba Montaigne (*Essais*, I, xxx) en preferir, no ya á las leyes de Platón, pero á todo lo que la filosofía podría nunca imaginar de más perfecto para la gobernación de los pueblos. Montaigne cita multitud de ejemplos, sorprendentes para quien sepa admirarlos (a), y agrega con ironía: «Por desgracia, esos salvajes no van calzados con lujo.»—N. del A.

(a) Todos estos asertos de Rousseau son una equivocación continuada á que la antropología prehistórica, la etnografía comparada y la sociología científica posteriores han hecho justicia, y que refutaré con todo detalle en la introducción crítica á mi traducción del discurso sobre la desigualdad.—N. del T.

(8) Dígaseme por gracia qué opinión debían

tener los atenienses mismos de la elocuencia, cuando la separaron con tanto celo de aquel tribunal íntegro de los juicios del cual los dioses mismos no apelaban. ¿Qué pensarían los romanos de la medicina, cuando la expulsaron de su república? Y cuando un resto de humanidad indujo á los españoles á prohibir la entrada en América á los hombres de ley (a), ¿que idea era necesario que tuviesen de la jurisprudencia? ¿No se diría que creyeron reparar por aquel sólo acto todos los males que habían hecho á los desgraciados indios?—
N. del A.

(a) «El rey Fernando, al enviar colonias á los indios, decidió sábiamente que no se llevasen allí peritos en abogacía, juzgando, con Platón, que *no hay peor provisión para un país que jurisconsultos y médicos*» (Montaigne. *Essais*, III, XIII). Lo que no ocurrió bajo la dominación española, tuvo lugar, por la fuerza de las circunstancias, bajo la independencia. Cuando llegó el momento de establecer en Méjico una Cámara Popular, nadie pensó en que sus diputados representasen los grandes intereses de la agricultura, de la industria y del comercio, sino puramente ideas, doctrinas y frases políticas. Hablando Zavala (*Ensayo histórico*, I, 137, 177) de la composición del primer Congreso Constituyente mejicano de 1822, dice que lo formaban en su mayoría abogados medianos, estudiantes sin carrera, militares de pocas luces, y clérigos, canonistas y teólogos. El mismo autor escribe más adelante, hablando del mismo asunto: «Multitud de nuevos legisladores que venían de los colegios con sus conocimientos á la

européa, y lo que es todavía peor, sin la ilustración que al menos se adquiere en el antiguo continente con educación cuidada y aplicación constante; jóvenes que acababan de leer las malas traducciones que llegaban á América de Benjamín Constant, de Filangieri, de Destutt de Tracy; abogados eclesiásticos que habían hecho sus estudios en aquellas universidades en que no se enseñaba nada sólido: tales eran, y no podían ser otros, los legisladores, consejeros, jueces y ministros.»—
N. del T.

(9) La frase que recuerda Rousseau se halla en la epístola xcv de Séneca, el gran estóico: *Postquam docti prodierunt, boni desunt*. El mismo pasaje había citado ya Montaigne (*Essais*, I, xxiv). Véase también mi obra sobre *El socialismo, la patria y la guerra*, 90, 111. Allí hago notar que los sociólogos modernos están conformes con Rousseau en reconocer que la instrucción por sí sola es impotente para hacer retrogradar el crimen é insuficiente en absoluto si no tiene por fiel aliada á la educación. La pomposa fórmula de aquel autor italiano, que aseguraba que *ogni scuola che si apre chiude una prigione*, está muy lejos de ser aceptada por todos. Foucher dice que «se exagera el beneficio de las luces cuando se supone que tienen por efecto disminuir el número de crímenes.» Con más decisión, porque conoce mejor el remedio, Laurent, el más hábil conocedor tal vez de la antropología criminal en nuestro siglo, desahoga su modo de sentir por estas palabras: «Si la instrucción superior es insuficiente, ¿qué podrá esperarse de la instrucción pri-

maria? Desde que Alemania repite en todas partes la frase convertida ya en proverbio: *¡El maestro de escuela prusiana es quien ha vencido en Koenigsgratz, en Sadowa y en Sedan!* la instrucción primaria obligatoria ha contagiado y ha invadido súbitamente todos los Estados. Esto constituye un peligro.» Según Bertillon, la difusión de la cultura es un elemento perturbador: tal individuo, que entregado al cultivo de la tierra hubiera sido un espíritu humilde y quizá valiente, sucumbe á un trabajo más intelectual: su débil cerebro no resiste la prueba, y va á engrosar las filas de los rateros y de los desclasificados de toda especie: entre estos últimos puede decirse que es donde se encuentran más criminales. Así, Pavía reconoce que «si la instrucción no aumenta, seguramente no disminuye el número de crímenes», y cita al procurador Caccia, para el cual importa poco que se instruya á cientos de miles de ignorantes, si se aumenta la estadística en algunos centenares de delitos: *Instruire centinaia di miglia di analfabeti poco importa, se si dona alla statistica qualche centinaía di reati in piu.* «La instrucción (escribe al mismo propósito Lacassagne) no destruye la criminalidad, sólo la transforma: hay, sí, menos número de ciertos crímenes, como los sangrientos, pero, en cambio, aumentan los delitos de astucia: cuando hayan desaparecido los iletrados, se verá también desaparecer los crímenes bárbaros, como el parricidio y el envenenamiento, los cuales, por su misma rareza, serán considerados como los fósiles de la criminalidad.» Bournet va todavía más lejos que Lacassagne, y

atribuye á la instrucción un efecto más perjudicial que útil: en su sentir, «la criminalidad general, de igual modo que la locura y el suicidio, aumentan con los progresos de la instrucción.» Lombroso se expresa en parecidos términos: «Los conocimientos que no moralizan á un individuo, convierten á éste en un criminal más pillo, más refinado y más peligroso.» Y Guillot emite, sobre poco más ó menos, esta opinión: «La escuela, que debería ser un instrumento de progreso y de civilización, resulta estéril; y en contra de nuestras aspiraciones, nos encontramos con el singular fenómeno de la criminalidad que aumenta principalmente en las clases y regiones en que hay menos iletrados.»— N. del T.

(10) Fácil y transparente es la alegoría de la fábula de *Prometeo*, y no parece que los griegos, que le encadenaron en las cumbres del Cáucaso, pensaron de él mucho más favorablemente que los egipcios de su dios *Teuthus* (a). «El sátiro (dice una antigua fábula), cuando por primera vez vió el fuego, quiso besarle y abrazarlo; pero *Prometeo* le gritó; *Sátiro, llorarás la barba de tu mentón, porque el fuego todo lo que toca quema*» (b). N. del A.

(a) Este término, empleado por Rousseau, es la corrupción latina del nombre del dios egipcio *Thoth* ó *Hermes*, deidad cuya morada era el *ibis* y de la que Plutarco hizo padre de *Isis*, aunque nunca lo fué. En la quinta dinastía, el rey *Unas*, difunto, es designado, entre otros títulos, con el de hermano de *Thoth*, y sin embargo, es identificado con *Osiris*. Entre las referencias de Pla-

tón á Egipto, figura una anécdota sobre *Thoth*, considerado como inventor de la escritura. Según Maneton, *Thoth*, el primer *Hermes*, había escrito sobre estelas ó columnas los principios de la ciencia en lengua y en caracteres jeroglíficos, y después del diluvio, el segundo *Hermes*, hijo del buen genio y hermano de *Tat*, había traducido esas inscripciones al griego. Algunas veces, *Hermes* jugaba el papel de discípulo, y el iniciador era la inteligencia (*noos*) ó *Poimandres*. A creer á Jablonski, el nombre de *Thoth* significa columna en egipcio. Los llamados libros herméticos, á *Hermes Trismegisto* atribuidos, responden á un estado de la conciencia egipcia muy avanzado y posterior.—N. del T.

(b) Es curioso recordar que el símbolo de la discordia, que Rousseau establece entre la libertad y la cultura, aparece de un modo gráfico en la viñeta con que el genial sofista hizo acompañar la primera edición de esta famosa diatriba contra las ciencias y las artes, en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que, pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano *Prometeo*, oye al titán-filántropo que su fuego es mortal á quien le toca.—N. del T.

(11) Rousseau alude aquí á la célebre frase atribuída á Demócrito, y según la cual, «la verdad se halla alojada en lo invisible de un pozo profundo.»—N. del T.

(12) Cuanto menos se sabe, más se cree saber. Los peripatéticos no dudaban de nada. Descartes construyó su universo con cubos y torbellinos. Ni aun hoy día hay en Europa físico, por superficial

y corto de ingenio que sea, que no explique audazmente ese profundo misterio de la electricidad, que por siempre tal vez constituirá la desesperación de los verdaderos filósofos.—N. del A.

(13) Me hallo muy lejos de pensar que este ascendiente de las mujeres sea un mal en sí: es un presente que les hace la naturaleza, para el aquietamiento del género humano: mejor dirigido, podría producir tanto bien como mal produce hoy. No se percibe lo bastante las ventajas que nacerían en la sociedad de una más noble educación dada á esta mitad del género humano que gobierna á la otra. Los hombres serán siempre lo que las mujeres quieran: si aspiráis á que sean grandes y virtuosos, enseñad á las mujeres lo que es grandeza de alma y virtud. Las reflexiones que este asunto sugiere, y que Platón hizo otrora, merecerían muy mucho ser desarrolladas por una pluma digna de escribir conforme á tal maestro y defender tan sublime causa.—N. del A.

(14) Carlos y Pedro Vanloo.—N. del T.

(15) El «hombre de buen sentido» que cita Rousseau, es Montaigne (*Essais*, I, xxiv).—N. del T.

(16) Al pie de esta frase pone Rousseau la siguiente escueta nota: *Pensées philosophiques*. Tal era el título de una obra de Diderot, que contenía sesenta y dos pensamientos, que se publicó en 1746 y que se reimprimió después bajo el título de *Etrennes aux esprits forts*. El pensamiento en que Rousseau se apoya en su cita es el que lleva el número xxv. Parece probable que Rousseau haya hecho la cita *après coup*; pues, habiendo sido con-

denada al fuego la obra de Diderot, no podía ser citada en el manuscrito enviado á la Academia. Añádase que Diderot, aunque maestro, iba más lejos que el discípulo, pues su naturismo rechazaba de la humanidad, no sólo la sociabilidad y la civilización, sino la moral misma. Tanto en el *Supplement au voyage de Boujanville*, como en el *Discours sur l'art dramatique* y en *Du drame moral* (véanse los detalles en Faguet, *Etudes sur le XVIII siècle*, 301, 466), Diderot proclama que «todo es bueno en la naturaleza», y que, si el hombre se ha pervertido, no es á la naturaleza, es á las «miserables convenciones» á quienes se debe acusar. «¡Vuelve, pues, hijo tráfuga, vuelve á la naturaleza!» ¿Por qué? Porque «existe un hombre natural, que es fuerte y libre», al cual ha echado por tierra y en el cual «se ha introducido un hombre moral y artificial.» Retornemos á «la sencillez primitiva, en que el hombre vive sin remordimientos y la mujer sin pudor.» No hay que civilizar al hombre, sino dejarle abandonado á sus instintos: «si queréis hacerle dichoso y libre, no os mezcléis en sus asuntos; desconfiad de los que pretenden gobernarle.» No es posible decir las cosas con más brutal franqueza. En su *Gargantua* y en su *Pantagruel*, Rabelais había ya hablado sobre el mismo asunto con meridiana claridad. Aun el mismo Turgot tenía, sobre la educación del hombre, convicciones, si menos exageradas, no menos naturalistas, y que coincidían con las del materialista Holbach.—N. del T.

(17) Tal era la educación de los espartanos con relación al más grande de sus reyes. Oigamos

á Montaigne (*Essais*, I, XXIV): «Cosa digna de la mayor consideración es que en aquella excelente política de Licurgo, verdaderamente monstruosa por su perfección en cuidar desde el alimento infantil hasta el gusto poético, apenas se haga mención de la doctrina, como si aquella juventud generosa, rechazando todo otro jugo, haya querido únicamente proporcionarse, en vez de maestros de ciencias, maestros de valor, de prudencia y de justicia...» Ahora veamos como el mismo autor habla de los antiguos persas: «Platón refiere como se educaba al hijo mayor en la sucesión real. Después de haber nacido, se le ponía en manos, no de mujeres, sino de los eunucos que tenían mayor autoridad cerca de los reyes á causa de su virtud. A cargo de estos eunucos corría el hacer que su cuerpo se desarrollase robusto y sano, y al cabo de siete años, le adiestraban en montar á caballo y en cazar. Cuando llegaba á la pubertad, le dejaban á merced de cuatro preceptores: el más inteligente, el más equitativo, el más temperante, el más fuerte de la nación. El primero le enseñaba la religión, el segundo á ser siempre veraz, el tercero á dominar la sensualidad, el cuarto á no temer nada», todos, añadido yo, á ser probo, en modo alguno á ser sabio. «Astiages, en Jenofonte, pregunta á Ciro por la última lección que le corresponde, y se le contesta que en la escuela, un muchacho corpulento, que tenía un traje corto, lo dió á uno de sus compañeros de menor talla y cuyo traje le estaba demasiado holgado por ende. Habiéndome hecho el preceptor juez de esta diferencia, juzgué que era preciso dejar las cosas en aquel